

CAPÍTULO XVIII

Cómo se ingeniaba para mantener a los Hermanos en su vocación

La vocación¹ es un asunto de capital importancia. Es la base en la que se fundamenta el edificio de la vida. De nada depende tanto la salvación como de la correcta elección de la vocación: porque es evidente que casi todos los pecados de los hombres provienen del mal camino elegido. La vocación es para cada uno de nosotros el camino real de salvación; el punto esencial del que depende la vida eterna, ya que por la vocación se alcanza la justificación y por ésta la glorificación, es decir, la bienaventuranza². Quien rompa este orden, esta cadena, difícilmente podrá salvarse. Así piensan Bourdaloue y san Alfonso María de Liguorio³.

Después de haber leído a los Hermanos los pasajes que acabamos de citar, el Padre Champagnat añadía:

“Las ventajas de la vida religiosa son tantas y tan excelentes, que nunca las podremos comprender; son tan numerosas, que necesitaría muchas horas para enumerarlas. Me limitaré a señalar una que para nosotros es motivo de dulce e inefable consuelo: la vocación religiosa es señal de predestinación⁴. En ningún lugar es más fácil y segura la salvación como en la vida religiosa. Esta seguridad se fundamenta:

1. *En las mismas palabras de Nuestro Señor*, que nos asegura en el evangelio: “Quien deje por mí casa, hermanos y hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna.”⁵ No olvidemos que quien habla de este modo es la misma verdad y que da siempre más de lo que promete. Para la gente del mundo, esta verdad es tremenda: son más los llamados que los escogidos⁶. Para los religiosos, sucede precisamente lo contrario: pocos son los llamados a la vida religiosa y muchos los elegidos⁷ para la vida eterna.

2. *En la abundancia de los medios de salvación*. Puede afirmarse con certeza que a los religiosos se les prodigan a diarios los medios de salvación para conseguir la santificación de los Superiores, retiros, gracias actuales, auxilios de todo tipo. No podemos imaginar que Dios haga tanto por un alma destinada a la condenación. Si concede tantas gracias a los religiosos, es porque desea ardientemente su salvación, porque los llama a la perfección y los destina a un grado eminente de gloria en el cielo.

3. *En el alejamiento de los peligros*. Es cierto que en cualquier lugar se puede ofender a Dios y perder el alma, porque siempre nos acompaña la libertad y la triste inclinación al mal, que, heredada de nuestros primeros padres, nos es innata. Sin embargo, podemos decir que es tan difícil para un religioso caer en pecado, como para la gente del mundo evitarlo y sustraerse a su influjo, a causa de los peligros a los que se ven expuestos y de los malos ejemplos que presencian a diario. Ciertamente, en ningún estado se encuentra uno a cubierto de la tentación y los lazos del demonio como en el estado religioso. Si un Hermano con vocación no conserva la gracia y la virtud, en ningún otro sitio podrá conservarlas.”

Estas ventajas⁸ justifican que el Padre Champagnat dijera que el hombre no puede apreciar y evaluar con certeza la excelencia y precio de la vocación religiosa; sólo en el otro mundo podrán apreciar los Hermanos cuánto hizo Dios en su favor, cuánto los amó y distinguió.

En cierta ocasión vio a lo lejos a un Hermano que no llevaba rabat, lo tomó por un sacerdote y preguntó:

- ¿Quién es aquel sacerdote que viene hacia aquí?
- No es un sacerdote -le respondieron-, no es más que un Hermano.

- ¡Un Hermano -replicó él con viveza- es algo muy grande. Es una alma predestinada a elevada virtud y sobre la que Dios tiene designios especiales de misericordia! ¡Es un hombre para quien el mundo no es bastante grande y a quien sólo el cielo puede satisfacer!

Un día se presentaron dos jóvenes para pedir el ingreso en el Instituto.

- ¿Por qué venís y qué motivo os impulsa? -les dijo.

- Queremos ser Hermanos.

- Y ¿sabéis qué significa hacerse Hermano? Hacerse Hermano es comprometerse a hacerse santo. Todos lo Hermanos de María deben ser santos. En ello deben empeñar sus fuerzas durante toda su vida. Si estáis sinceramente dispuesto a ello, es decir, a trabajar toda la vida en vuestra santificación y poner todo el empeño en adquirir virtud sólida para hacer el mayor bien posible, entonces sí que servís para ser de los nuestros. Si no estáis en esta disposición, si no es esto lo que os proponéis, perderéis el tiempo y será preferible que volváis por donde habéis venido y tratéis de ser buenos cristianos en el mundo.

* * *

Nadie extrañará, después de esto, sus esfuerzos para formar a los Hermanos en la virtud y conservarlos en su vocación. Cuando notaba en alguien señales de disgusto, lo llamaba, lo animaba y no lo dejaba hasta conseguir que las tentaciones desaparecieran.

Un Hermano⁹ de los más piadosos de la casa se ocupaba preferentemente de los recién llegados y de informarle de quienes encontraban más dificultades de adaptación o de los que vacilaban en su vocación. Cuando se le señalaba alguno, lo llamaba, o bien se hacía el contradicho con él, ya pidiéndole que lo acompañase en algún viaje o en un paseo, ya haciendo que le ayudase en algún trabajo manual, y no lo dejaba hasta que no lo veía firmemente dispuesto a perseverar en su santo estado. Poseía muchas habilidades y se valía de mil pretextos para eliminar las tentaciones contra la vocación y para infundir ánimos a quienes se amilanaban por las pruebas o dificultades de la vida religiosa. A uno le hacía prometer que permanecería unos días más, dándole palabra de que le dejaría marchar si no se le pasaba el disgusto. A otro le encargaba un empleo de confianza, diciéndole que estaba seguro de que lo haría muy bien. A éste lo animaba a hacer una novena, prometiéndole que si, al acabarla, no había cambiado de opinión, no se opondría a sus deseos. Aconsejaba a aquel que siguiera algún tiempo más para completar su instrucción y, mientras el joven se ocupaba de los estudios, le inspiraba hábilmente gusto por la vida religiosa y le convencía para que la abrazara.

Un postulante joven se sintió desanimado a los pocos días de llegar y, llevado de su volubilidad, regresó a su familia. Unos años después, pidió reingresar en el Instituto. El Padre Champagnat, que había descubierto en él ciertos valores, lo acogió bondadosamente y no escatimó esfuerzos para que se sintiera a gusto. Pero el inconstante joven, añorando las cebollas de Egipto¹⁰, quiso retirarse nuevamente. El Padre, a lo largo de dos o tres años, utilizó, sin éxito, todos los recursos que le inspiró su celo para quitarle de la cabeza su intención de volver al mundo y aficionarle a su vocación. Una noche, el Hermano fue a ver al Padre y le manifestó que a toda costa estaba resuelto a retirarse, y que ni siquiera quería continuar al día siguiente, que era domingo. Efectivamente, salió a las cinco de la madrugada. El Padre, al no poderlo retener, lo deja marchar. Pero, esperando contra toda esperanza, dirige a Dios fervientes plegarias por aquel hijo pródigo, lo encomienda a la Santísima Virgen y pide a esta buena Madre que no lo abandone. Su oración fue escuchada. Aquella misma tarde, a las seis, el Hermano regresa a casa, se encamina directamente al aposento de su buen Padre, se arroja a sus pies y le suplica que lo reciba por tercera vez.

- Cómo, querido amigo, ¿ya está de vuelta? ¡Qué alegría! ¿Quién le ha sugerido tan buena idea?

- Padre -le respondió sollozando el Hermano-, he andado todo el día buscando trabajo para colocarme; nadie ha querido atenderme, por lo que deduje que Dios me castigaba y que había hecho mal al abandonar mi vocación. Debo confesarle, además, que, apenas salí de casa, me entraron remordimientos y empecé a lamentar la calaverada que acababa de hacer. Esta vez le aseguro de veras que quiero ser religioso.

- ¡Está bien, amigo mío! -le respondió el Padre-, nadie en la casa sabe ni sabrá que se había ido. Póngase el hábito, sea constante, y para eso entréguese confiadamente a Dios.

Nadie, efectivamente, supo lo ocurrido. Desde entonces, aquel Hermano se entregó sin reservas a su vocación, y hoy es uno de los Directores más observantes, piadosos, abnegados y adictos al Instituto.

Otro postulante, dotado de excelentes cualidades, disgustado de su vocación por la imprudencia de ciertas expresiones de un novicio con el que trabajaba, tomó la resolución de retirarse inmediatamente para evitar más gastos inútiles. Fue, pues, a ver al piadoso Fundador para exponerle su intención, pedirle el dinero que tenía en depósito y despedirse.

El Padre, profundamente afligido de perder un candidato en el que había puesto tantas ilusiones, hizo cuanto pudo para contrarrestar los perniciosos efectos de las palabras del novicio. Pero sólo pudo conseguir que el postulante se quedase unos días más, esperando regresar a su familia con un Hermano que tenía que ir al mismo lugar. Así las cosas, el Padre Champagnat mandó llamar a un Hermano piadoso e inteligente, encargado de la cocina, y le dijo: "Le voy a enviar a un postulante a quien aprecio mucho y que posee todas las cualidades para ser un excelente Hermano. La conversación con un novicio lo ha desanimado; pero estoy seguro de que, cuando vea buenos ejemplos, recuperará sus primeras disposiciones. Se lo voy a enviar a la cocina; téngalo ocupado, trate de ganar su confianza y conseguir que persevere en su vocación."

El postulante fue a la cocina; pero, a pesar de los buenos ejemplos, consejos y ánimos del Hermano a quien le habían confiado, aumentaron tanto sus tentaciones y hastío que llegó a caer enfermo. Varias veces fue a ver al Padre Champagnat para que le permitiera retirarse. Pero él se arreglaba de tal manera, que siempre conseguía aplazar su partida.

Entretanto, el demonio, que siempre busca pretexto para engañar a las almas, le tendió una nueva trampa. El Padre dio una instrucción a los Hermanos sobre las ventajas y obligaciones de la vida religiosa. El postulante en cuestión asistía también a ella, y en vez de entusiasmarse por los elogios que oía de tan santo estado, quedó, por el contrario, totalmente desanimado.

"No sé nada -decía-, no tengo memoria; ¿cómo quiere que retenga tantas cosas? Además, siento inclinaciones tan opuestas a las virtudes religiosas que, indudablemente, no estoy hecho para una vocación tan santa."

Sacó la conclusión de que debía retirarse inmediatamente sin esperar al día siguiente. Con esta idea, después de la oración de la noche, subió al despacho del Padre para despedirse. Pero al ver que estaba rezando el rosario, se impresionó tanto que no se atrevió a distraerlo.

A la mañana siguiente, cuando ya se disponía a marchar, el Hermano cocinero le dijo con voz decidida:

- En vez de disponerse a volver al mundo, donde ya estuvo demasiado tiempo, vaya a pedir el hábito religioso. Ya sabe que dentro de ocho días va a tener lugar una ceremonia de vestición, usted debe ser uno de los candidatos.

- ¿Qué me dice? -repuso el postulante-. ¿Para qué quiero el hábito religioso si no siento ganas de ser Hermano, ni poseo las cualidades necesarias para esta vocación?

- Si no tuviese deseos de hacerse Hermano, no hubiera venido aquí. Respecto a las cualidades, ya las irá adquiriendo. Olvide, pues, esos pensamientos, y vaya inmediatamente a pedir el hábito: le aseguro que no se arrepentirá.

Al oír estas palabras, el postulante sintió que sus fantasías se disolvieron y, después de un momento de reflexión, fue a pedir el hábito. El Padre, aunque algo sorprendido por esta decisión, le contestó:

“Me parece estupendo; pero creo que tendrá que pensárselo mejor, pues no debiera vestir el hábito si no está dispuesto a llevarlo hasta la muerte.”

Como el postulante insistía, añadió: “Vaya al Hermano sastre y dígame que le haga una linda sotana.”

Desde aquel día, la paz de su alma nunca se vio alterada con el pensamiento del mundo. Sin embargo, para darle tiempo a consolidar sus buenos propósitos, le aplazó la toma de hábito algunas semanas. Tomó, por fin, el hábito el quince de agosto de 1829, e hizo la profesión poco después, siendo modelo de todas las virtudes religiosas a lo largo de los veintidós años que vivió. Su nombre: Hermano Jerónimo¹¹.

El Padre Champagnat decía de él que servía para todo. Fue, sucesivamente, cocinero, panadero, hortelano y bodeguero. Cumplió satisfactoriamente estos oficios, sobresaliendo siempre en habilidad, limpieza, ahorro, amor al trabajo y entrega al Instituto.

“Ese buen Hermano -decía el Padre Champagnat- apenas tiene instrucción; pero por su carácter y sus virtudes, vale lo que pesa en oro. Es uno de esos hombres excepcionales y preciosos que difícilmente pueden reemplazarse cuando Dios se los lleva.”

Al Padre le gustaba contar que varias veces lo sorprendió haciendo la ronda nocturna por la casa para comprobar que todo estaba en orden, las ventanas aseguradas y que no había peligro de incendio. Cuando oía que alguien andaba con cuidado para no hacer ruido por los pasillos y las habitaciones, a pesar de saber quien era, decía a veces:

- ¿Quién anda por ahí?

- Soy yo, Padre.

- Yo, yo... ¿Quién es ese yo?

- El Hermano Jerónimo, Padre.

- ¡Ah! ¿Así que es usted, Hermano Jerónimo? Pues no tenía por qué molestarse. ¿Qué hace aquí solo a estas horas?

- Pensé que a lo mejor se habían olvidado de cerrar alguna ventana y el viento podía romper los cristales, o que podía prender el fuego en algún sitio... y vine a dar una vuelta.

- Está bien, Hermano Jerónimo. Todo está en orden, así que vuelva a acostarse.

Nada agradaba tanto al Padre como esa solicitud y abnegación. “¡Ahí tienen -decía- un Hermano que ama de verdad al Instituto! Y no otros que sólo piensan en sí mismos y se contentan con hacer lo menos posible.”

Los últimos años de su vida tuvo el buen Hermano el empleo de cochero¹² y recadero, y su virtud jamás se vio desmentida: era tan humilde, honrado y caritativo, cuando se le presentaba ocasión de servir al prójimo, que se ganó el cariño de todos y le tenían por santo. En medio de actividades tan absorbentes, se mantenía siempre unido a Dios. Evitaba encontrarse con extraños para no verse en la necesidad de hablar y perder el recogimiento. Nunca iniciaba él la conversación con los que encontraba; se limitaba a responder a las preguntas que le hacían y a intercambiar unas palabras de cortesía. Rezaba piadosamente el rosario y demás ejercicios de piedad mientras guiaba el caballo. Estaban tan acostumbrados los seglares a verle rezar y respetaban tanto su virtud, que todos se cuidaban mucho de no molestarle.

Este excelente Hermano murió víctima de su abnegación. Pasando por el centro de la ciudad de Saint-Chamond, se le desbocó el caballo, y él se lanzó para detenerlo, porque un poco más adelante la calle estaba llena de niños que salían del asilo. Pero se cayó con tan mala suerte que la rueda del coche le pasó por encima de la pierna y se la rompió. Dios quiso recompensar, sin duda, su heroica caridad, ya que el caballo se detuvo a unos pasos de la puerta del asilo de donde salían los niños, de modo que no corrieron peligro alguno. El Hermano Jerónimo fue atendido y llevado al hospital por las personas que presenciaron el desgraciado accidente.

Aunque se hallaba en estado lastimoso y sufría horribilmente, no se quejó ni se le oyó el menor suspiro. Es más, olvidándose de sí mismo, sólo abrió los labios para preguntar si el caballo había atropellado a alguien. Y cuando se enteró de que no había ocurrido ninguna otra desgracia, se quedó satisfecho.

Durante los ocho días que sobrevivió, dio ejemplo de todas las virtudes: su paciencia y conformidad fueron tan excepcionales que las personas que le atendían o visitaban se quedaban admiradas. Decían las Hermanas del hospital: "Nunca hemos visto tanta virtud en un enfermo. Este Hermano no sólo es ejemplar, es sublime."

Este último hecho nos indicará su rectitud, sencillez y pureza. Cuando lo llevaron al hospital, acudió un sacerdote que, ante la gravedad de su estado, le dijo: "Hermano, no quiero ocultarle que está en grave peligro. Si necesita confesarse, estoy a su disposición. Piénselo; vuelvo dentro de unos minutos." Al cabo de media hora, volvió el sacerdote. El Hermano le dijo: "Padre, hace poco que me he confesado, incluso he tenido la suerte de comulgar esta misma mañana. Acabo de examinarme y, gracias a Dios, no encuentro en mi conciencia nada que me inquiete."

Era tal su virtud y la pureza de su alma, que, al verse frente a la muerte, no halló nada que le hiciera temer el paso a la eternidad. Y es que hacía mucho tiempo que se confesaba semanalmente como si hubiera de morir a continuación.

La historia de la vocación de este Hermano nos sugiere varias enseñanzas que recogemos a continuación:

1. El mal que pueden causar con sus palabras y ejemplos los Hermanos que no poseen el espíritu de su estado, y lo peligrosos que son en comunidad. La conversación de uno de esos individuos estuvo a punto de dar al traste con tan hermosa vocación y privar al Instituto de un miembro excepcional.

2. El bien que puede realizar un religioso sólidamente virtuoso, la fuerza y el poder de sus buenos ejemplos y consejos. En el caso que nos ocupa, el Padre Champagnat afirma que sin las plegarias y palabras de aliento del Hermano cocinero, el Hermano Jerónimo no hubiera podido resistir a la tentación y hubiera abandonado la vocación.

3. La caridad ingeniosa, la paciencia y el celo del buen Padre para mantener a los Hermanos en su vocación, pues lo que hizo en los dos casos que acabamos de narrar lo repitió en multitud de ocasiones.

* * *

Pero tenemos que reconocer que no siempre su celo se vio coronado por el éxito; y con frecuencia, después de tomarse muchas molestias para formar y aficionar a la vocación a determinados individuos, veía con dolor cómo se hastiaban de ella, perdían la piedad y volvían al mundo. No creemos equivocarnos si afirmamos que ésta fue la más pesada de sus cruces. Efectivamente, en las demás situaciones desagradables, por muy dolorosas que fueran, encontraba siempre algo positivo; pero en éstas todo era amargura. Se sentía tan afectado y experimentaba tal disgusto por la pérdida de sus hijos, que era incapaz de comer ni beber, como varias veces pudimos comprobar. El único consuelo era la conformidad con la voluntad de Dios. "¡Ay! -decía-, me sería

infinitamente menos doloroso ver llevar a esos Hermanos al cementerio que verlos abandonar su santa vocación para volver al mundo.”

Y aumentaba su pena la convicción de que la mayoría de los que abandonaban la comunidad eran infieles a su vocación. “Estoy persuadido –decía una vez en una conferencia– de que entre los que se retiran y abandonan su santo estado¹³, más de las tres cuartas partes fueron realmente llamados y podrían haber sido excelentes religiosos si hubieran correspondido a la gracia.

Ahora bien, la pérdida de la vocación se debe, fundamentalmente, a cuatro causas:

1. *La infidelidad a la Regla*¹⁴ y, sobre todo, el descuido en los ejercicios de piedad. La vocación es un don gratuito; pero no sucede lo mismo con la perseverancia, la cual es fruto de la oración y de la fidelidad a la Regla. Por eso, quien descuida o hace deficientemente los ejercicios de piedad, perderá infaliblemente su vocación.

2. *La falta de celo en la educación cristiana de los niños.* Dios, al llamaros a la vida religiosa, no sólo pensó en vuestra salvación personal, sino también en la de los niños que tenéis que educar. Si descuidáis la catequesis, si no tenéis celo en formar a los niños en la virtud y la piedad, os estáis oponiendo a los designios de Dios y resistís a su voluntad, que es encaminar a esos niños a la salvación por medio de una buena educación. Ahora bien, por privarles de tal beneficio, seréis rechazados y vuestro lugar será ofrecido a otro¹⁵ que acepte las gracias de las que habéis abusado y realice el bien que vosotros no habéis sabido realizar.

3. *El descuido de la propia perfección.* Muchos religiosos pierden la vocación por no haber alcanzado el grado de virtud que Dios esperaba de ellos, por ser infieles a la gracia y descuidar su perfección. El que viene a la vida religiosa para llevar una vida cómoda, para disfrutar de ventajas que no tenía en el mundo, no puede permanecer en ella. El abuso de la gracia, la desidia en las cosas del espíritu, las pequeñas faltas voluntarias y la tibieza han causado más pérdidas de vocaciones que el pecado mortal y los grandes abusos. Lo más temible para quienes se dejan apresar en este lazo del demonio, es que no se dan cuenta de que han perdido la vocación hasta que han traspasado el umbral y se ha consumado su ruina. La vida religiosa es el don de Dios por excelencia, la herencia de las almas privilegiadas; pero para perseverar en ella se necesita gran fidelidad a la gracia y mucha generosidad.”

Vino cierto día un Hermano a ver al piadoso Fundador y le dijo:

– Padre, estoy totalmente disgustado y desanimado.

– Y ¿cuál es el motivo de ese disgusto y desaliento?

– La salida de tal Hermano. Tiemblo cuando veo que alguien abandona su vocación para irse al mundo, después de haber pasado quince años de comunidad, y temo que me suceda una desgracia parecida.

– La salida de ese Hermano ni me sorprende ni me asusta. Ese castigo es personal, lo mismo que las faltas que lo han motivado; y su apostasía no tiene por qué desalentarle a usted. Lo que es terrible y ciertamente podría asustarlo e infundirle pavor sería esta verdad: *¡¡No morirá en religión quien no vive como religioso!!* Sólo se abandona la vocación cuando no se ha vivido como religioso, incluso aunque se haya pasado la mayor parte de la vida en comunidad.

Un buen hortelano echa de vez en cuando una mirada a los frutales de su huerto para podarlos y, por gruesa que sea una rama, la corta si ve que está seca. O, más bien, cuanto más gorda sea, antes libra al árbol de aquel estorbo que le está perjudicando.

Dios sigue, más o menos, el mismo proceder: visita las comunidades, que son el huerto de sus delicias, y, cuando encuentra religiosos estériles en virtud, muertos al espíritu de su vocación, los cercena para que no perjudiquen a los demás e introduzcan vicios y criterios mundanos en la sociedad de los elegidos.

Por tanto, querido Hermano, lo que debe hacernos temblar no es tanto la desgracia de los demás, cuanto nuestra propia vida y conducta. Si su conciencia le certifica que tiene deseos de perfección, que pone todo el empeño en adquirir las virtudes de su estado, en cumplir con el fin de su vocación y vivir como auténtico religioso, no tiene nada que temer. Pero si le acusa de lo contrario, con razón tiene motivos para asustarse y temblar, pues le repito: *¡¡Quien no vive como religioso, no morirá en religión!!*

4. Finalmente –prosigue el Padre Champagnat–, la cuarta causa de la pérdida de la vocación proviene *de aferrarse al propio criterio, de falta de docilidad y de fingimiento*. Pocos religiosos habrá cuya vocación no se vea sometida a tentación. Para algunos, ésta es la prueba más larga y penosa. Y se comprende esa guerra tan pertinaz, porque la pérdida de la vocación lleva consigo multitud de faltas y a menudo, también, la ruina de la salvación eterna.

El remedio para esta tentación es la sinceridad y sumisión al Superior. En estos casos, el que quiera guiarse por sí mismo anda perdido. Quien en lugar de acudir al Superior y dejarse guiar por él, va a buscar consejos a otra parte, se perderá igualmente. El que va a buscar consejos a Egipto, se perderá con los consejos de Egipto¹⁶. Cuando se menosprecia la orientación de quien Dios puso para guiarlo, encuentra, para su desgracia y por justo castigo de Dios, lo que buscaba. Nadie como el Superior para discernir sobre la vocación de un religioso. Y preferir en estos casos la opinión de cualquiera a la del Superior, es ilusionarse y caer en la ceguera más extraña en que puede incurrir un religioso.”

Un Hermano profeso que había descuidado los ejercicios de piedad y quebrantado las reglas que regulan las relaciones con los extraños, perdió totalmente el espíritu de su estado y acudió al Padre Champagnat para obtener la dispensa de votos. En lugar de dársela, el piadoso Fundador lo llamó a la casa madre y le mandó hacer unos días de retiro para ver si recuperaba su primitivo fervor.

Pero algún tiempo después, el Hermano volvió a las andadas, se cansó de la vocación y decidió retirarse. Como sabía que el Padre Champagnat no aceptaba las razones que alegaba para marcharse, acudió a otro sacerdote. Y con disimulo le presentó las cosas de tal modo que consiguió lo que deseaba. El Padre, al que comunicó lo ocurrido, le respondió: “Ha ido a buscar consejos a Egipto y se va a perder con los consejos de Egipto. Me dice que, según el parecer de un confesor, el señor obispo le ha dispensado de sus votos. Por mi parte, le aseguro que no estoy de acuerdo con los trámites que ha seguido a mis espaldas para conseguirlo. Las razones que adujo para obtener o, más bien, para conseguir engañosamente tal dispensa, son nulas, y no puedo aprobar que abandone su vocación. Y le voy a decir más: si lo hace, se arrepentirá.”

A pesar de esta advertencia, el Hermano se retiró del Instituto. Unos meses más tarde se casó, y el mismo día de la boda cayó enfermo y murió a los tres días en medio de terribles remordimientos, repitiendo una y otra vez: “¡Me han engañado! ¡Me han engañado! ¡He perdido mi vocación!”



¹ El autor restringe aquí el sentido de la palabra a la llamada a la vida religiosa.

² Rm 8, 30.

³ “Es evidente que nuestra salvación depende de modo especial de la elección de estado... Y desde luego, dicha elección es el punto fundamental del que depende la conquista de la vida eterna. A la vocación sigue la justificación, y a ésta sigue la glorificación, es decir, la vida eterna” (A. M. LIGUORI, Oeuvres ascétiques, vol. 9, “La vocation religieuse”, chap. I, pp. 247-248. Éd. Paul Mellier, Paris, 1843).

⁴ El H. Juan Bautista desarrolla el mismo tema en BQF, pág. 419. CM II, página 314 y ss. Ed. Luis Vives, Zaragoza, 1979.

⁵ Mt 19, 29.

⁶ Mt 22, 14; Lc 13, 23.

⁷ “Esta vocación, que Dios te ha regalado por su infinita bondad para sacarte de la multitud y colocarte entre los príncipes electos del paraíso, podría transformarse por tu culpa, si eres infiel a Dios, en un infierno especial para ti. Escoge, ya que Dios pone la elección en tus manos. Escoge o ser rey excelso en el paraíso o condenado a mayor tormento que los demás en el infierno” (A. M. LIGUORI, *Oeuvres ascétiques*, vol 9, “La vocation religieuse”, p. 295. Éd. Paul Mellier, Paris, 1843).

⁸ Si consideramos por un lado nuestra debilidad, y por otro la insistencia del demonio en tentarnos, deduciremos que no hay mejor medio de fortalecernos y cerrarle todos los accesos, que consagramos a Dios con los votos que pronunciamos” (PPC, parte tercera, tratado II, cap. 3, “Ventajas de los votos”):

⁹ Frère Stanislas (MEM, pág. 115).

¹⁰ “Cómo nos acordamos del pescado que comíamos de balde en Egipto, y los pepinos y sandías, y puerros y cebollas y ajos” (Nm 11, 5). “Todos los israelitas salieron, en efecto, de Egipto, pero no todos a gusto; por eso en el desierto muchos de ellos añoraban las cebollas y la carne de Egipto” (S. FRANCISCO DE SALES, *Oeuvres complètes*. “Introduction à la vie dèvote”; vol. 2, partie première, chap. VII, p. 31. Éd. Béthume, Paris, 1833).

¹¹ El Hermano Jerónimo, Pierre Grappeloup (1803-1850), LPC 2, págs. 304-305. El 28 de abril de 1829, con 26 años, fue admitido como novicio, sin saber leer ni escribir (AFM), “Livre de comptes del P. Champagnat”, pág. 25). El Padre Colin había pensado en él como encargado de la huerta en Belley (OM 1, doc. 330 (3), pág. 744).

¹² Este coche era tirado por un caballo que servía aveces al P. Champagnat para determinados desplazamientos (MEM. pág. 64 y págs. 88-89).

¹³ Lc 9, 62.

¹⁴ “Cuando veáis que un religioso comete una caída grave, no creáis que entonces comienza el mal. Seguramente ni su corazón ni su espíritu estaban en religión y le importaba poco infringir las Reglas, ni hacer oración, ni examen, ni cualquier otro ejercicio de piedad” (PPC, parte tercera, tratado VI, cap. 5, “Le mépris de Règles”).

¹⁵ Ap 2, 5; 3, 11.

¹⁶ “¡Maldición! Son hijos rebeldes, dice el Señor. Realizan planes que no son los míos... Bajan a Egipto sin consultarme y van a ponerse a salvo en la fortaleza del Faraón, a refugiarse a la sombra de Egipto. La fortaleza del Faraón será vuestra vergüenza, y el refugio a la sombra de Egipto vuestra confusión” (Is 30, 1-3).